

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1637

Valores y giros a A. Barrera

¿QUE ES EL INDUSTRIALISMO?

He aquí una cosa que, sin ser nueva, aparece en el tapete de la discusión, traída por camaradas que creen de buena fé que aportan valores renovadores y conceptos vitales al sindicalismo. ¿Qué es el industrialismo? ¿En qué consiste la llamada organización industrial y qué nuevas tácticas de lucha ofrece al proletariado militante?

Si los defensores del sistema industrialista nos hablaran de hechos evidentes, de una realidad tangible — como sería, según su opinión, la existencia de los I. W. W. en Estados Unidos — y nos demostraran que fuera del ambiente en que nació y se desarrolla esa modalidad interpreta en igual grado las necesidades del proletariado internacional, nada tendríamos que objetar a los propulsores de esa tendencia organizadora. Pero es el caso que se pretende presentar al industrialismo, no como un medio de lucha más o menos concordante con el desarrollo de las industrias, sino como una finalidad revolucionaria que posee la doctrina y hasta la visión universal del problema económico que trata de solucionar el proletariado consciente.

En primer lugar, los que defienden entre nosotros el sistema de los I. W. W. desconocen los factores materiales que concurren a desarrollar esa tendencia en Estados Unidos. Luego, por exceso de imaginación, llegan a confundir la posibilidad revolucionaria del industrialismo — por los aspectos externos que ofrecen los miles o millones de trabajadores empleados en una determinada industria — con la realidad de todo movimiento revolucionario que, lejos de abarcar grandes conglomerados sociales, está limitado a una minoría consciente y activa capaz de interpretar las ideas de emancipación y de justicia. ¿Qué importa que los obreros se organicen por oficios o integren grandes sindicatos industriales, si no les impulsa en sus luchas una idea de superación? A no ser que se suponga que los sistemas hacen la conciencia y desarrollan, por sí solos, la capacidad de los trabajadores, su espíritu de rebeldía y su comprensión de los problemas sociales que van más allá de las simples necesidades económicas.

Para saber lo que es el industrialismo, no hay más que estudiar el proceso industrial de los países materialmente más desarrollados. La organización obrera tiene en el capitalismo su similitud, porque se va conformando a la estructura de los sistemas económicos y adoptando los medios de defensa que estos le facilitan. Quiere decir, que los trabaja-

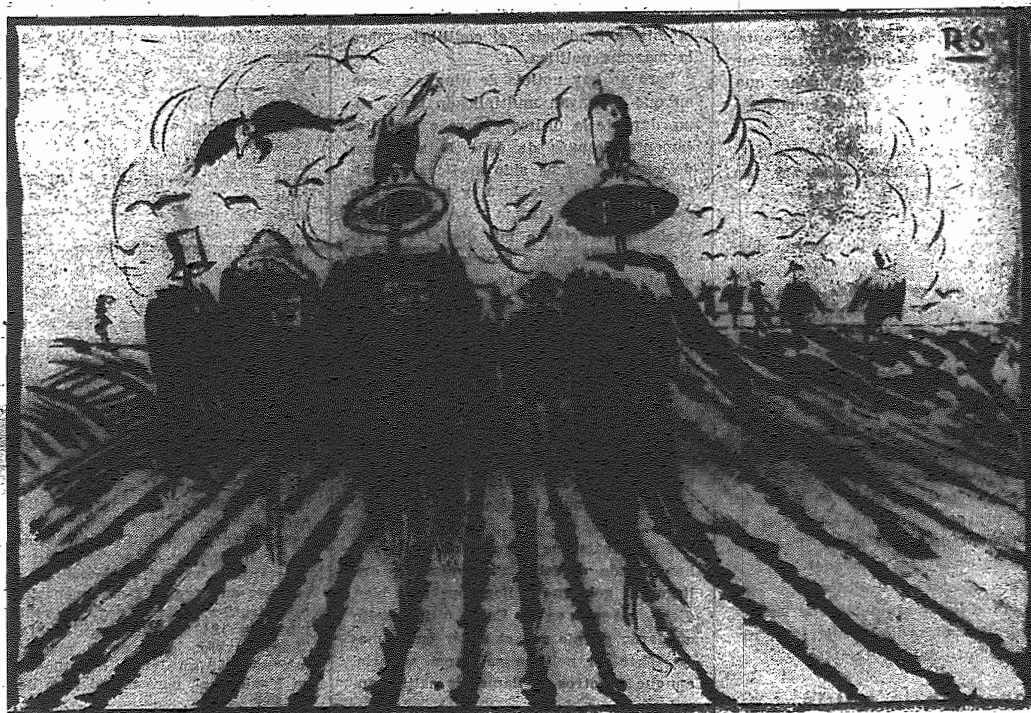
dores se defienden de la explotación capitalista recurriendo al arma económica y sus organizaciones no son, en resumidas cuentas, otra cosa que la caricatura de la organización burguesa. Se comprende, que en un país industrialmente desarrollado, en un país de grandes trusts

organizar a los mineros, a los ferroviarios, a los obreros de grandes establecimientos industriales, en tantos sindicatos como especialidades existen en el trabajo que efectúan en común, nosotros apoyaríamos a quienes así argumentaran. Pero no hay nadie que sostenga ese absurdo.

trabajo, es la concepción ideológica, el espíritu revolucionario, las ideas de igualdad y justicia que elevan al hombre por encima de las miserias del presente y lo conducen a la conquista del futuro.

Pueden crear sindicatos industriales, vastas organizaciones que

El por qué de los "camisas negras"



Cuidarles el sembrado para los cuervos

industriales y comerciales, de minas, manufacturas y vastos establecimientos que emplean a miles de obreros, los trabajadores constituyan a su vez sindicatos que respondan a las necesidades de la lucha, sin que eso signifique que sean más revolucionarios o posean más capacidad defensiva u ofensiva para contrarrestar la acción del capitalismo.

Las organizaciones industriales no son exclusivas de los I. W. W. El industrialismo, como sistema de organización, existe en Inglaterra, en Alemania y, en general, en todas partes donde la industria impone esa necesidad a los trabajadores. Por eso los I. W. W. carecen de realidad — sólo existen de nombre — en países donde sólo hay embriones de industrias y el proletariado no está impelido, por fuerzas ajenas a su voluntad, a crear grandes corporaciones que generalmente lo someten a un poder impersonal e indeterminado.

Si se nos dijera que es un absurdo

Aquí mismo, donde las necesidades imponen una organización única — en los frigoríficos, ferrocarriles, talleres metalúrgicos, ect. — hace tiempo que se ha realizado el "industrialismo". Pero de ahí a querer hacer un sistema general, aplicado a todas las actividades del proletariado regional, de las fórmulas de los I. W. W., media un enorme trecho.

El industrialismo no crea valores revolucionarios al movimiento social. A lo sumo, donde la industria existe, coloca a los trabajadores en posesión de un arma defensiva y ofensiva en concordancia con la potencia del capitalismo, pero que puede volverse en determinado caso contra los mismos que la esgrimen. Los sistemas de lucha — las fórmulas "salvadoras" del sindicalismo — no son las que capacitan al proletariado y desarrollan su fuerza subversiva. Lo que vale de todo el movimiento social y lo que realiza una labor consciente en las filas del

abarquen toda la república, los que creen que el industrialismo opera el milagro de una resurrección espiritual en las masas apáticas y sin aspiraciones. Pero los hechos nos demostrarán que los ejércitos no vencen por su número, sino por la disciplina, que anula a las individualidades y convierte a los hombres en simples engranajes de una máquina monstruosa. ¿Los anarquistas pueden desear una revolución que sea el resultado de ese mecanismo, la consecuencia de esa disciplina, el producto de esa fuerza impersonal e instintiva? No.

Reflexionen un poco los camaradas que se ilusionan con las formas externas de la organización industrial, y verán el error en que incurren al confundir los medios de lucha con la finalidad revolucionaria. Y estarán con nosotros cuando afirmemos que el sindicalismo anarquista, en vez de seguir el proceso del capitalismo, debe resistirse a aceptar sus formas opresivas y sus manifestaciones violentas.

NOTAS

Los pic-nics anarquistas

La colectividad anarquista con su concurrencia a los diversos pic-nics que se organizan en la temporada veraniega ofrece un exponente de cultura, de urbanidad, de libertad y de amor a la naturaleza, que no es capaz de dario ninguna otra agrupación de gentes de la metrópoli argentina ni de todo el resto del territorio. Dicho sea esto sin exagerar la nota y también sin modestia.

Los domingos de Buenos Aires son, para la mayoría de la población obrera, los días más aburridos. Para matar ese aburrimiento, los que pueden hacerlo, se van a tirar patadas en una cancha de foot-ball o en procesión a Luján. Y si los primeros no se divierten y ni siquiera respiran a gusto, los otros entenebrecen más el espíritu sin tonificar su salud; pues nadie ha de suponer que un paseo a la basílica sea de buenos resultado para los pulmones.

Luján es el opio de la parte más desgraciada de la población porteña; tan malo para la salud del alma como el foot-ball.

Y la gran masa popular que no puede salir de este horno asfixiante que es la capital, y que se congrega en las borracheras, los cines o salas de box y otros espectáculos infames? Esa pobre gente no se desaburre nunca.

No queda, pues, otra atracción más cómoda, más económica, al par que más saludable para el alma y el cuerpo, que los pic-nics anarquistas. En ellos, al revés que en Luján, se vive, se respira libertad y aire puro, se baña de sol y de cordialidad; se vuelve de ellos con el cuerpo tonificado y el alma llena de alegría: enteramente renovados.

En esto también demostramos ser más cuerdos los anarquistas que las demás colectividades de la metrópoli argentina. Y más sabios, también.

La hora de la patria

El "mariscal" de las batotas prostibularias y de los carneros con escarapela está de parabienes. Alvear lo recibe en su despacho para darle el abrazo de la complicidad — el cual sus parciales interpretan como el histórico abrazo de San Martín y Bolívar —; la oficialidad de la escuadra lo recibe a bordo de un buque de guerra y le rinde homenaje como al salvador de la nacionalidad; la clerecía estrecha filas alrededor del bandolero máximo, estimulada por la actitud del presidente y lo proclama su brazo derecho; al mismo tiempo sus secuaces ganan, con trampa, una partida hueguística en Rosario.

Y ya los burgueses extranjeros, que desesperaban por su seguridad y por el porvenir de sus rapinas, creen llegada la hora de la patria, que es la consolidación de sus privilegios, el afianzamiento de su explotación y sus privilegios de zánganos, creen haber logrado hacer pie contra una barranca y poder resistir con éxito el vendaval que se divisa en el horizonte. Alvear y Carles aparecen como dos formidables puntales que sostienen la barranca donde se cree atrincherada la burguesía.

Pero se equivocan todos — y se lo advertimos gratuitamente desinteresada-

mente. No hay tales puntales ni tal salvación, porque no somos únicamente los revolucionarios quienes formamos la avalancha que ha de rebalsar por sobre la barranca donde los zánganos han hecho pie; en todo el país está en crisis el nacionalismo, agujoneado por la miseria y demás plagas inherentes.

La hora de la patria es aproximada; pero es la de los pobres contra los ricos, la del país contra los zánganos. La revolución se afianza y marcha.

Los tartarines

En todas las épocas de la historia hubo saltimbanquis políticos. Esta especie de camaleones viene desde el fondo de las edades y se manifiesta siempre con la misma tendencia: el equilibrio sobre la maroma política.

Pero no hay noticia de ninguna época en que se hayan multiplicado tanto como durante la última guerra e inmediatamente después de ésta. Esta guerra de cuatro años ha sido proficua en saltimbanquis de toda laya, y hemos visto saltar sobre la maroma y hacer las más variadas piruetas a mil distintos tartarines, desde Lenin y Trotsky, hasta Mussolini, pasando por D'Annunzio, D'Aragnona y tantos otros de la especie europea; bajando luego hasta los saltimbanquis americanos, Irigoyen, Alessandri; sin olvidar a nuestro impagable Lugones y muchos otros de su calaña.

Cual más cual menos, todos ellos, en política, han sido más rojos que la amopala, y a fuerza de saltar de cuerda en cuerda se han destefido hasta quedar tan blancos como la alcachofa del cardo anual...

Y no creáis que todos estos tartarines han errado el salto. Su aspiración era llegar al gobierno y llegaron; más bien dicho, cayeron en él. En el último salto quedaron en pie con el poder en la mano. Esto en política se llama audacia, aunque nosotros le llamemos saltimbanquismo.

Pero se dirá: ¿qué confianza pueden tenerle los capitalistas a un gobierno de tartarines? ¡Ah, no haya cuidado! Los tartarines buscan acomodarse y una vez acomodados no les da la locura por tirar el poder de las manos. Por otra parte, ya hemos dicho que llegan destefidos al poder.

El infeliz

El pueblo argentino ha evidenciado una vez más su crónica manía de darse amos. Se ha pasado varios domingos eligiendo sus representantes comunales, tarea propia de un reo a quien se le obligara a elegir la sogá con que lo han de colgar.

Pero el infeliz Juan Pueblo no es ni siquiera un reo digno de la horca, al menos sus amos no se resuelven a colgarlo definitivamente... Se contentan con exprimirlo lentamente.

No lo envidiamos la suerte, sin embargo, al infeliz. Siquiera el reo, una vez colgado, es un asunto concluido. No queda nada más que hacer con él, como no sea descolgarlo y echarle tierra encima. Al día siguiente ya nadie lo recuerda... y, por consiguiente, no da esa expresión dolorosa que mueve a seguir ocupándose de él.

Con el pueblo sucede todo lo contrario; es un "reo" por cuya suerte hay que bregar constantemente, porque siempre se halla pendiente sobre él la condena de sus amos.

Ahora acaba de elegir el palo que lo ha de zurrar y se ha quedado muy satisfecho de su obra. El infeliz cree, sí, sí, sí, que los nuevos amos lo sacarán de desdichas, porque su crónica tontería no le permite comprender que los políticos son todos iguales y que no bus-

can en el pueblo nada más que el voto para ir al poder y resolver su propia situación.

Pero al pueblo parecen habérsele cerrado las entendaderas y los mil porrazos recibidos de los políticos no le sirven de lección.

¡Ah, "reo" infeliz, que ni siquiera comprendes que no te quieren colgar porque necesitas de tu agonía para seguir medrando!

La educación de los niños

SEGUNDO ARTICULO

III. — EL FROEBELISMO

Antes de valorar el método montessoriano es indispensable situarlo en su lugar en el mundo de las doctrinas pedagógicas de educación de la primera infancia y particularmente confrontarlo con el froebelismo y la doctrina francesa.

1. — FROEBEL (1782-1852)

Ciertamente, antes de Froebel los teóricos pedagógicos: Platón, Aristóteles, Quintiliano, Rabelais, Montaigne, el moravo Juan Comenius, el inglés Locker, los franceses Fenélon y Rousseau, el genial suizo Pestalozzi, en fin, han comprendido la importancia de la educación antes de los seis años con el recurso a la intuición y a la observación como punto de partida. Ciertamente, un poco antes de Froebel, se habían hecho ensayos de escuelas infantiles por todas partes; sobre todo en Francia con Oberlin y en Inglaterra con Robert Owen. Pero Froebel merece un puesto importante en la pedagogía porque ha realizado el sueño de Comenius y de Pestalozzi combiniendo y creando el Kindergarten o Jardín de los niños.

Froebel era de Turingia, luterano, místico, presa sin cesar de preocupaciones religiosas. Tuvo una vida llena de aventuras. Conoció a Pestalozzi, por el cual se entusiasmó. Fue preceptor, fundador o director de varios institutos en Alemania y en Suiza, perseguido sin cesar por su orgullo y su incapacidad administrativa, odiado por los reaccionarios. En 1843 publicó su libro famoso: "Las conversaciones de la madre", instaló en 1850 un Jardín de niños modelo en Marienthal, pero murió poco después.

2. — EL FROEBELISMO

Para Froebel la educación se propone hacer brotar en el hombre el elemento de vida que cada uno posee. Lo consigue utilizando la actividad libre y espontánea del niño, cuyas manifestaciones son: el juego, el movimiento y la necesidad de palpar. Respecto a la personalidad del niño, libertad, educación de los sentidos, trabajo por el juego, he ahí el froebelismo. Es realizada en el Jardín de los Niños, donde la jardinera, hermosa y elegante, recibe una veintena de niños de 3 a 6 años en una clase semejante a la de la Casa de los niños.

El material comprende sobre todo: Los volúmenes: pelota, cilindro, cubo, cubo dividido en ocho cubos iguales, cubo dividido en ocho paralelepípedos rectángulos, cubos dividido en 27 cubos subdivididos en primas.

Las ocupaciones o realizaciones prácticas de superficies, líneas y puntos.

El gran método froebeliano es la idea central, convertida hoy en el centro indirecto. Consiste en hacer de un asunto dado, considerado bajo todos sus aspectos interesantes, la materia de trabajo de una semana o más.

La moda del froebelismo fué grande en todas partes; en Francia inspiró a Mme. Pape-Carpentier y a Carlos Delon, el brazo derecho de Paul Robin en Cempuis. Pero se modificó poco a poco, abandonó su revestimiento metafísico, su monotonía geométrica, se hizo más realista... y se transformó por completo. Léed para convenceros la tan encantadora obra del abate Felix Klein, "Mon fi-

lleul au Jardin d'Enfants", en la cual describe la vida en el Jardín de los Niños, de Thivet, (Haute-Marne) fundado hace una decena de años por Mlle. Brandt.

IV. — LA ESCUELA MATER-NAL FRANCESA

Del asilo para los niños fundado en 1779 por Oberlin, en el Ban de la Roche, en los Vosgos, a los "Conseils sur la direction des Salles d'Asile", publicado en 1845 por Mlle. Carpentier, luego Mme. Pape-Carpentier, la educación de la primera infancia francesa ha sufrido diversas trayectorias, generalizándose poco a poco en las provincias a pesar de la hostilidad reaccionaria y clerical. El asilo es ante todo un refugio donde se reza, se canta y se grita, después una escuela donde se deletrea el alfabeto. En 1846, a los treinta y un años, Mme. Pape-Carpentier llegó a ser directora de la Escuela Normal del Personal de las Salas de Asilos, puesto que conservó hasta 1874, en qué, demasiado laica, fué víctima de las iras del ministro M. de Cumont. Reintegrada como inspectora general de las Escuelas Maternales, murió, fatigada y desalentada, en 1878. Su Escuela Normal le sobrevivió hasta 1891.

Es gracias a los libros y a la enseñanza de Mme. Pape-Carpentier que han sido actualizadas la doctrina y la práctica de la educación francesa dadas en los asilos que se llamaron escuelas maternales, por primera vez en 1848 y definitivamente en 1881. Apóstol del método natural, de la educación de los sentidos, de la educación por el amor, se encuentra en Mme. Pape-Carpentier la expresión de las ideas que pretenciosos pedagogos contemporáneos se atribuyen sin ninguna vacilación.

"Hay para un institutor dos asuntos a estudiar: los niños y él mismo; dos cosas a realizar: la educación del niño y la suya... En todos los grados de la educación es preciso respetar la naturaleza... El deber del educador es hacer nacer la idea más bien que comunicarla... El niño deberá vivir en medio de impresiones frescas y suaves... El amor es la llama que atrae a la llama..."

Es en este sentido, pero muy tímidamente, que el decreto del 2 de agosto de 1881 y las consideraciones del 28 de julio de 1882 organizan la educación de la primera infancia que se daba entonces en 5.000 escuelas aproximadamente a más de 600.000 niños. Dirección que el decreto de 1887 rectifica y completa, no permitiendo la lectura más que de cinco a seis años. Pero la corriente que impulsa las escuelas maternales hacia las escuelas primarias, haciéndolas lugares de estudio, no puede ser impedida. Es preciso transformar la mentalidad de los padres. Es preciso sobre todo cambiar la mentalidad de las educadoras y es a esta última labor a la que se asoció una mujer de corazón y de cerebro, llena de un inmenso amor a la infancia: Mme. Paulina Kergomard. Ella inspira las célebres instrucciones del 16 de marzo de 1908, que dan el primer puesto a la educación física y a cultura sensorial, la adquisición de buenos hábitos intelectuales y morales y que asignan por fin a la escuela maternal la primera educación que una madre inteligente da a sus hijos.

Desde hace treinta años, Mme. Kergomard continúa la obra de Mme. Pape-

Carpantier; ha inspeccionado las pequeñas escuelas y ha escrito millares de artículos y dado millares de conferencias; ha escrito una obra, "L'Education maternelle dans l'Ecole", que contiene la esencia del espíritu de la escuela maternal actual.

Esquemos allí algunas grandes ideas. La escuela maternal debe ser una escuela educadora y no instructiva. Debe organizar la salud, debe ser "el refugio confortable y soleado del niño pobre". Dejemos al niño toda su espontaneidad; la necesidad de actividad es para él una necesidad vital.

Esperemos para enseñarle alguna cosa a que su curiosidad aspire a esa adquisición. "El niño mismo debe provocar la enseñanza y no debe en ningún caso sufrirla". "La educación de los sentidos es la base del desenvolvimiento del ser". "No se conoce al niño cuando se ha suprimido su libertad".

Sin embargo, la escuela maternal francesa no da todos los resultados que son de esperar, por razones que después indicaremos, pero ante todo por falta de personal competente para esta labor. Este mal, Mme. Kergomard y sus discípulos lo han señalado desde hace mucho tiempo. En el "Dictionnaire de Pedagogie Buisson", la gran educadora reclamaba "la creación de una escuela normal superior maternal para la educación de las directoras y de los profesores, cursos normales anexos a las escuelas primarias normales para la educación del personal de las escuelas maternales de todo el país". Ella misma creó un curso normal en París; otro se estableció después en Nancy.

V. - EXAMEN CRITICO DE ESTAS DOCTRINAS

El debate abierto alrededor del montessorismo, del froebelismo y de la doctrina francesa es un debate que no carece de apasionamiento. Vamos a tratar de dar nuestra opinión, tan imparcial como sea posible, y las siguientes exposiciones históricas y doctrinarias facilitarán nuestra tarea.

Froebelismo y montessorismo han luchado — y vuelven a luchar a veces — con vehemencia. Estas disputas son bastante bizantinas, porque el froebelismo primitivo ha muerto salvo en algunos rincones de la Alemania actual. No deja de tener interés volver a examinar, solememente, algunos de los argumentos cambiados a fin de medir el camino recorrido desde hace sesenta años en un importante dominio educativo, bien que es preciso tener en cuenta las diferencias de tiempo, de raza y de medio que separan los dos sistemas y el hecho de que Froebel era un místico obsesionado por la religión, mientras que Mme. Montessori es un espíritu de formación científica y realista.

Muchos puntos son comunes: principio general, aspecto análogo del Kindergarten y de la Casa del Bambini, etc.... Hay muchas diferencias, sin embargo: material froebeliano demasiado pequeño, demasiado geométrico, demasiado abstracto; este incesante recurso a la geometría, no es contrario al desenvolvimiento natural del espíritu del niño, que parte de lo compuesto para ir a lo simple, del caos de los hechos para llegar a la unidad, de lo concreto natural a lo abstracto artificial? No convendría más darle a manejar objetos usuales en lugar de formas geométricas? El espacio concedido al silencio y a la jardinería son excesivos; ésta enseña demasiado; es una maestra, mientras que la montessoriana es una observadora; se ha podido decir que el centro del Kindergarten es la maestra que enseña, en tanto que el centro de la Casa de los niños es el niño que aprende por sí mismo; el montessorismo exige educadoras de vocación, de élite, dotadas de una profunda penetración psicológica, mientras que las educadoras de medianas condiciones, de oficio, pueden ser buenas froebelianas. Subrayaremos más tarde un rasgo común de los dos sistemas, que no es precisamente una fuente de optimismo para los partidarios de la educación racional.

El froebelismo y la doctrina francesa no conocieron grandes luchas contradictorias, porque ésta apenas existía cuando aquél se realizó, y la escuela francés

sa debe mucho al froebelismo; no se discute esto; pero el froebelismo metafísico y brumoso, frío y un poco pesado, ha sido afrancesado por Mme. Pape-Carpantier y por Ch. Delon mismo, en quien se ha querido, erróneamente, ver un feroz partidario del froebelismo primitivo.

Al contrario, el montessorismo y la doctrina maternal francesa, se encaran a menudo y no siempre con amabilidad. Notemos algunos puntos de este duelo a veces irritante.

¿Qué se reprocha al montessorismo? 1.—Demasiada pretensión científica y una exagerada ignorancia de los sistemas anteriores. El doctor Simon ve casi la única originalidad del montessorismo en que Montessori "propone como imitación pedagógica una práctica de las ex-

ción... no hay que hacer comprender al niño que se ha engañado".

3.—El niño aporta al nacer un temperamento y un carácter hereditarios que tienden a desarrollarse desde la primera infancia, porque el niño está siempre inclinado a obrar en el sentido que le es propio. Las tendencias nativas pueden ser malas tanto como buenas; en el sentido absoluto, desarrollar la personalidad del niño es, pues, una fórmula feliz. Tal es la tesis que sostiene en la revista escolar "L'Ecole émancipé" un inteligente y experimentado educador, Mr. Fontaine. Esto no es ver más que una parte de la evolución del niño, porque éste es sugestionado, y por consiguiente modificado por la acción constante del medio educador y reacciona

rial montessoriano no es limitado en número y el montessoriano debe encontrar sin cesar juegos nuevos directamente inspirados en el montessorismo. Una vez que se está bien seguro del espíritu y del método Montessori y que se ha iniciado la tarea de encontrar cada día toda especie de modificaciones o de adiciones a los juegos educativos ya conocidos.

5.—Es indispensable extender el método montessoriano de lectura y escritura, fundado sobre la fonética, a los idiomas que no tienen la ortografía simplificada, al francés, por ejemplo.

6.—En fin, Montessori desconoce hasta el olvido, el valor de la imaginación y el gusto hacia lo maravilloso: no concede espacio a las historias y a los cuentos. Queriendo reaccionar contra el froebelismo, la gran educadora perjudica el desenvolvimiento de una facultad desdeña del niño, una de las más nobles quizás.

He aquí, lo más sucintamente posible, el resumen de los inconvenientes que la pedagogía francesa hace al montessorismo. Se le niega bastante correctamente toda originalidad, todo valor científico y se hace resaltar su virtud en el sentimiento que lo anima y en la confianza que tiene en la infancia. Y el doctor Simon, en un libro reciente, concluye un poco brutalmente que el nombre de María Montessori no merece quedar en la historia de la pedagogía más que a causa de su amor a la infancia, que impregna de emoción todas las páginas de su obra y a causa de sus prácticas precisas: no apresurarse, observar más bien que obrar, dirigir más bien que instruir...

¿Dónde está la excelencia de la doctrina francesa a propósito de la que M. Laplé escribe: "la pequeña revolución pedagógica operada en Italia por La Casa del Bambini, nosotros la hemos hecho en Francia hacia 1880 al crear las maternales"?

¿Dónde está la doctrina misma? Primeramente en algunos libros como el de Kergomard. Pero es poco perceptible, a través del país, en las invenciones ingeniosas, nacidas en cada oportunidad, frutos de las dificultades encontradas. Se deriva de la comparación de los múltiples procedimientos empíricos practicados en toda Francia y tiene por principios generales: la imitación de la educación familiar y la adaptación a la psicología del niño. Es esencialmente ecléctica; todas las ideas del froebelismo y del montessorismo las ha ensayado, transformado, aplicado. De su estudio sobre la realidad viviente y de los libros se conserva una impresión un poco turbia, la de una cierta falta de sistematización y de la presencia de varias tendencias bastante divergentes, de fuerza desigual, ésta es verdad. Pero también la certeza de que es una doctrina liberal y amable.

¿Es preciso elegir? La cuestión no se plantea: No hay que emplear exclusivamente el montessorismo, sino lo que tiene de mejor, lo cual debe ser experimentado y aplicado sin prejuicios ni prevenciones. Teniendo en cuenta sólo el interés del niño.

J. L. DELVY.

La lucha por la verdad, por la justicia, por la igualdad, en el seno del pueblo. ¿Hay algo más bello en la vida? —

KROPOTKINE

Los anarquistas que dan una importancia soberana a los actos de rebelión, son tal vez revolucionarios y anarquistas, pero son mucho más revolucionarios que anarquistas. (Cuantos anarquistas he conocido que se preocupan poco o nada de la idea anarquista o hasta ni siquiera procuran conocerla, pero son ardientes revolucionarios, y su crítica y su propaganda no tiene más fin que el revolucionario, el de la rebelión por la rebelión!)

Y cuando más ardientes y más intransigentes han sido, más pronto abandonaron nuestro campo y se pasaron a los partidos legalitarios y autoritarios cuando su fé en una revolución a plazo breve desapareció al contacto de la realidad y su energía se agotó en los demasiado violentos conflictos con el ambiente.

LUIS FABRI

LA PAZ EN EUROPA



—Eh! aún sigues sembrando la guerra? No tienes, entonces, ideales ni corazón? —
—¿Corazón? ¡Ideales! ¡Si, en el mondongo y por el mondongo!

periencias de la psicología experimental, que consiste en observar sin intervenir; se pone al sujeto en presencia de tal o cual problema; se le plantea tal o cual cuestión... se recoge su respuesta, no se la corrige". El material de educación sensorial, tan preconizado, "no hace apenas más que reproducir más o menos lo que los laboratorios han imaginado para el estudio de las sensaciones", o se inspira estrechamente en los ejercicios manuales franceses.

según la ley universal de la asimilación funcional de Le Dantec, que se puede formular así: el mecanismo por el cual los seres vivos se adaptan a las variaciones del medio y adquieren caracteres nuevos cuando estas variaciones son considerables. El buen medio educador no suprimirá las diferencias, no despersonalizará, pero mejorará todas las naturalezas.

4.—El material montessoriano es demasiado abundante y demasiado caro; sin embargo, es imposible amputarlo; esto lo hace inaplicable en la mayoría de las escuelas y en los hogares, donde las madres son las mejores educadoras.

Además, muchas maestras que lo utilizan han constatado que el material es pronto conocido por los niños; algunos agotan anticipadamente el interés de estos juegos. El argumento es de gran alcance; no es, sin embargo, refutable si se cree a Mlle. C. Charvat, ya citada: el máte-

PAGINA DE ARTE

CLAUDIO MONET

EL IMPRESIONISMO

Claudio Monet es uno de los grandes paisajistas modernos. Su obra, realizada dentro de un concepto estrictamente realista, tiene sin embargo una profunda emoción panteísta. Como Turner, su antecesor inglés, es un poeta de la luz. En pleno aire, ha seguido sus variaciones infinitas minuto por minuto; él ha fijado los matices irisados de la mañana, la brillantez, ofuscadora del medio día, las cálidas reverberaciones de naranja y el oro de los crepúsculos.

Su retina aguda y finísima, le ha permitido aplicar una fórmula de arte — estrecha como todas las fórmulas — sin perjudicar a su obra.

Cada artista necesita una doctrina, decía Ingres. Monet la tuvo. Su doctrina fué la que convenía a su visión sutil, a su ojo extraordinario, al decir de Cezán-

no una fórmula luminista, no ha traducido solamente las horas doradas y purpúreas, de sombras azules y violáceas. Ha pintado todas las luces, y su retina adquiere finzas exquisitas en las horas grises, en los días fríos, en las medias luces y las sombras.

Su obra toda no es sino la observación, el estudio incesante de la luz. Los asuntos son pretextos. Pinte parvas, ciegos, catedrales, ríos, nieves, calles horribles, o las doradas Venecias de su último período, el asunto de su cuadro es la luz. Él la descompone sabiamente, la hace vibrar, envolver, penetrar las cosas y los seres. Analiza concienzudamente el menor reflejo, lo descompone y realiza al mismo tiempo una síntesis de aspecto, de lugar y de tiempo, plena de ese su gran lirismo panteísta, que lo

bet, que es el iniciador del realismo, pero más tarde, compenetrado de las teorías de Mille y Chevreul, pasadas en las de Helmholtz, sobre los colores complementarios, la descomposición de la luz, etc., se dedicó exclusivamente al paisaje, proponiéndose aplicar esas teorías.

Suprime entonces la pincelada llena y entera y la reemplaza por pequeños toques de colores yuxtapuestos. Es decir, que en vez de poner un verde entero, por ejemplo, ponía sus componentes, azul y amarillo, en la tela, para que su fusión se produjera en la retina, obteniendo así mayor luminosidad vibrante. El procedimiento no era nuevo; se puede decir que se ha usado — los afresquistas ya aplicaban el trazo, la raya o el punto — pero Monet fué el primero que lo aplicó científicamente.

Hizo escuela. Más tarde los divisionistas o puntillistas aplicaron la teoría más estrictamente. Se hizo la fórmula: Toda luz produce sombras complementarias. El tono en sí, local, no existe. La forma no existe sino por la luz.

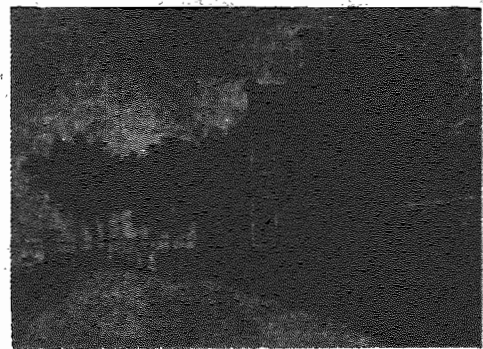
De aquí la escuela de obras en las cuales manchas de colores complementarios, sin modulaciones, sin emoción, pretenden dar impresiones instantáneas de la naturaleza, aspectos superficiales solamente como banalidades, que llenan los salones con colores rabiosos o degradaciones inconsistentes de un tono, pasatiempo pueril, pero no arte. ¡Qué lejos estamos de la concienzuda observación de los maestros!

El medio se ha tomado como finalidad, y el arte de pintar se reduce a la aplicación de dos o tres reglas matemáticas. De allí el aburridor aspecto de todos los falsos impresionistas, azul y amarillo o éste y violeta, foto y sin expresión. Y todos creen hacer color suprimiendo el negro y salpicando las telas de manchas multicolores.

Cezánne fué el primero que reaccionó contra ese peligro de la superficialidad abrumadora, Van Goy y Ganguen lo siguieron. Dieron al cuadro el valor que debe tener: ornamental, por lo tanto subordinado a ciertos principios de composición. Volvieron a la forma y a las armonías de conjunto. En fin, reaccionaron contra el realismo superficial a que llevabas fácilmente el impresionismo.

La fórmula impresionista ha producido una enormidad de pintores insulsos, como la receta naturalista produjo solamente porquerías. Lo cual no disminuye el alto valor de Zola, ni el de los pintores impresionistas que iniciaron el movimiento.

Revolucionarios heroicos, su defecto no fué sino el de amar desmesuradamente a la naturaleza. Quizás la magnificaron en su aspecto sensual, como los ro-



La casa turquina

mánticos la habían magnificado en sentimiento.

De todos modos, hicieron obra de arte sincero, y Monet quedará como una de las figuras más representativas del grupo y una de las más interesantes entre los pintores de fines del siglo XIX. Lástima que su pintura de ojo genial reside exclusivamente en la materia — el color industrial — que no resistiría largo tiempo. Pero hasta tanto los colores conserven sus matices, sus telas darán una profunda emoción de verdad y de ruda poesía.

En el Museo Nacional hay varias telas de Monet y otros impresionistas, en la sala francesa. Monet, Pizarro y Sisley están bien representados y sus obras parecen bien de manifiesto el amor concienzudo, la observación aguda y la honradez de la escuela.

Los cuadros de Monet que reproducimos, son de varias épocas. El lector puede ver en ellos lo típico de la composición impresionista, libre, ya que no puede admirar la riqueza magnífica de su coloración.

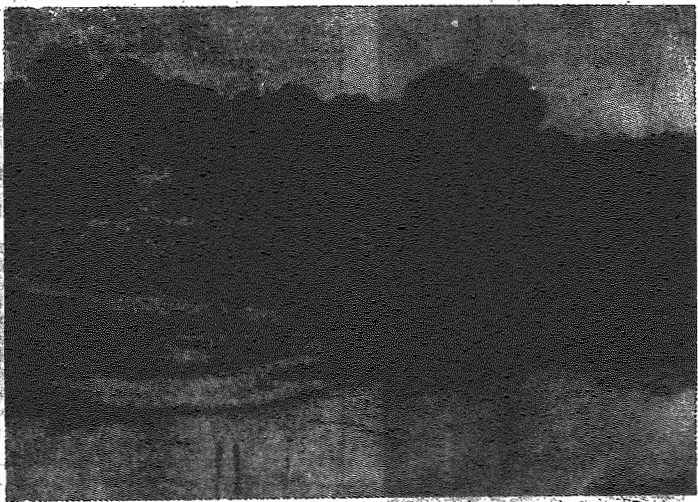
LA EXPOSICION DE ARTE DECORATIVO

En los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes se ha efectuado la V Exposición, de las que anualmente viene organizando la Sociedad de Arte decorativos.

Empezaremos por convenir en que el esfuerzo es interesante, pero lo sería mucho más si a los organizadores les guiara un criterio definido, capaz de orientar la actividad de los decoradores de la región hacia una producción seria y concienzuda. Si, hace falta un criterio capaz de estimular la inventiva y la realización material perfecta; es decir, que debe propender a la eclosión del verdadero artista decorador que crea de acuerdo a determinadas imposiciones — material, utilidad, medio — y a la del arte que ejecuta y que adapta con gusto motivos y creaciones ajenas.

Y, a no proponerse hacer una demostración por el absurdo, debe eliminarse inexorablemente de sus salones toda obra no original, o mal hecha, si se quiere obtener un resultado educativo evidente.

En Francia, reaccionando contra el mal gusto y la pacotilla industrial, un grupo de artistas — Gasset, Delaherche, Lalié, etc. — trataron de renovar la inspiración de las artes decorativas, libertándolas de la imitación servil de los estilos antiguos. Crearon su doctrina y su método. Reformaron la enseñanza de la copia estéril y funesta, encaminando hacia el desarrollo de facultades creadoras. Hicieron su Salón de decoradores, y a pesar de los obstáculos e insuperables del medio social — la burocracia y el industrialismo — un verdadero renacimiento de las artes decorativas se anuncia en los pocos precursoros



El puente de Argenteuil

ne, tan parco en admiraciones

El movimiento artístico promovido por el grupo del cual formó parte, y que fué apodado con el nombre impresionista, se proponía reaccionar contra la sentimentalidad enfermiza y las caliginosas telas de los últimos románticos. Ellos abrieron las ventanas de sus talleres, sumidos en la sombra hasta entonces, y dejaron que penetrara la luz a torrentes. Más; abandonaron el taller y lo transportaron al campo, hartos de las grisaltes y betunes de los ambientes artificiales.

A las profundidades umbrosas de los cuadros complicados, de historia o asunto literarios, opusieron el fragmento de vida, el aire, la luz, la vida humilde y cotidiana.

Contra la verbosidad retórica, contra la visión melodramática a que había degenerado la literatura, no otra cosa opuso Zola: Vida real, humilde, natural.

Zola y Monet son los más representativos artistas de ese período. Zola y Monet se propusieron ser estrictamente realistas, científicos, y los dos, arrastrados por un enorme lirismo, se dieron enteros, subjetivamente, inventaron, arreglaron.

Monet es el gran pintor de la luz. La atmósfera de sus cuadros es luz que todo lo envuelve en manto espléndido; lo humilde se magnifica; lo vulgar se afina. Las parvas bajo el sol, anegadas en atmósferas vibrantes, escintilan oros y tonos. Así es, aunque diga un lugar común de crítico delirante. Si alguien ha merecido pintando, el recuerdo del oro y de las piedras, ese es Monet.

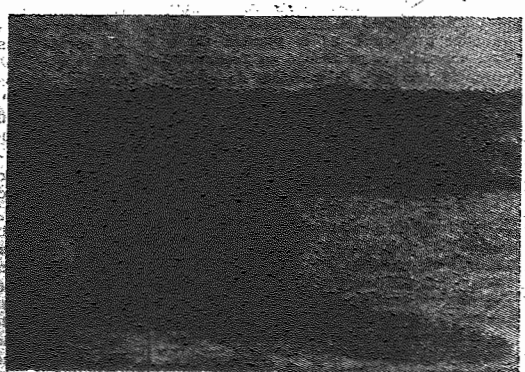
Pero él, que tenía una doctrina, pero

ha llevado a amar todo, porque en todo se hace visible la luz, que para ellos, los impresionistas, fué el elemento primordial de la vida. Como Zola, que amó todo lo insignificante, lo vulgar, para magnificarlo en el cuadro grandioso de su arte. La vida de Monet es un ejemplo de conciencia y de heroica honradez, como la de casi todos sus compañeros de grupo: Sisley, Pizarro, Degas, Cezánne, por no citar sino a los más representativos y personales.

Hoy, y para nosotros, los libertados de todos los prejuicios de escuela, es bastante difícil explicarnos por qué sus cuadros despertaban tanto la risa de sus contemporáneos. La gente iba a reírse a mandíbulas batientes en los salones de los impresionistas. Esto durante años, durante los cuales vivían como podían, en la mayor miseria.

Monet, retratado en el campo, vivía de la pesca. Se cuenta que la primera vez que un marchand le ofrecía 200 francos por una tela, él creyó que el ofrecimiento era por todas las que tenía! Nació en París el año 1840.

Al principio de su carrera, siguió a Com-



Parva (efecto de nieve)

cuya influencia va penetrando lentamente, por lo menos entre una minoría que estudia, aplica y vive de las artes ornamentales y aplicadas.

Sin embargo, el medio es hostil. Circunstancias complejas de orden social— que no ignoramos los anarquistas — impiden el florecimiento de un arte verdadero. La falta absoluta de ideales en la clase media y dominante es la verdadera causa de la insulser, de la trivialidad o la pedantería de la producción moderna. El afán de lucro, la vanidad desmesurada, imprime su sello en las obras, objetos y decoraciones modernas, visible en la falsedad y afectación, tanto de la sencillez como del lujo.

El salón de arte decorativo ha sido una prueba elocuente de lo que decimos. Replétó de vulgaridades, aquello parecía una sucursal de casa de moda, o de un bazar de chucherías de *buen gusto*. Centenares de almohadones bordados, donde los colores brillantes estallan como cohetes; carteras de cuero repujado y con el eterno motivo copiado y deformado mil veces; biombo chinos y alfombras incáicas; ponchos araucanos y visillos Luis XV; tallas renacimiento y herrajes medioevales, alhajas comerciales, jarrones esmaltados al óleo, ilustraciones de libros queriendo ser raras, fantásticas, no siendo sino pobres esfuerzos de singularización; en fin, una baraunda de cosas sin espíritu, sin conceptos y sin orientación, que en el arte del país, como en el de todos los países, en el momento actual, representa bien la carencia de ideales y de gustos, que, como decíamos, es la característica de esta sociedad burguesa y capitalista.

Salvo muy contados trabajos — pasables — ninguno acusaba un criterio claro de lo que debe entenderse por obra decorativa. O más bien, si, toda esa gente tiene el concepto equivocado de que decorativo es lo chirle, lo anodino, lo

ves más, las preguntas que nos hicéramos la decena de veces que visitamos la exposición: ¿Qué se propone la sociedad admitiendo toda clase de porquerías, qué orientación tiene; qué cultura quiere difundir; qué gusto? ¿O es que lo único que se quiere hacer es una feria de vanidades, un pretexto para reclame; y repartir, allí también, entre cuatro allegados, los pocos pesos que se les extraen a los poderes públicos? Una advertencia final: las artes decorativas aplicadas subordinan el elemento ornamental a la utilidad, éste es uno de sus principios básicos; podría, pues, la *Sociedad de Arte decorativo* empezar por aplicar lo en los afiches que pone en la entrada de su exposición. Es decir, que ya que están allí para anunciar la exposición, sus letras sean por lo menos claras, visibles. Y si fuera posible, bellas, para dar el ejemplo.

ZERO.

(0)

CONVERSACIONES DE RODIN

II

“El realismo en el arte”

“Muchos escultores hacen posar a sus modelos y les ordenan tal o cual pose de antemano establecida. Siguiendo sus deseos, corrigen la actitud del modelo, contrayéndolo o estirándolo el torso o la cabeza, como si se tratara de un maniquí.

Mis colegas tendrán, sin duda, sus razones para hacerlo. Pero violentando así a la Naturaleza, tratando a seres humanos como muñecas, corren el riesgo de producir obras artificiales y muertas.

En cuanto a mí, cazador de verdades y acechador de vida, me cuidó muy bien de seguir ese ejemplo. Tomo en lo vivo



Puesta de sol en Port-Villiers

Sin embargo, se me ha dicho que no es la Naturaleza, tal cual la evoco en mis obras, y que una prueba de que la transformo es que el moldeado en vivo no daría la misma impresión que mi trabajo. Ciertamente, Pero es porque el moldeado es menos *verdad* que mi escultura.

Porque le sería imposible a un modelo conservar una actitud viviente durante todo el tiempo empleado en moldearlo. Mientras que yo conservo en mi memoria el conjunto de la pose y pido sin cesar al modelo que se adapte a mi recuerdo. Más todavía.

El moldeado no reproduce sino lo exterior; yo reproduzco, además, el espíritu, que ciertamente forma también parte de la naturaleza.

Veo toda la verdad y no la de la superficie solamente.

Acentúo las líneas que expresan mejor el estado espiritual que interpreto. Así en *Invocación Suprema* he causado los salientes de los músculos que traducen la angustia, como he exagerado el pronunciamiento de los tendones que marcan el impulso de la plegaria...

(Es una de las bellas estatuas de Rodin. Un hombre joven, de rodillas, eleva hacia el cielo los brazos suplicantes. Todo su ser es contrado por la angustia, y sus manos están como proyectadas hacia el misterio infinito).

Si he acusado, acentuado y exagerado la naturaleza, pero no la he cambiado. O más bien, si lo he hecho, ha sido sin darme cuenta mientras lo hacía. El sentimiento que infundía a mi visión, me ha mostrado la Naturaleza tal cual yo la he copiado...

Si yo hubiese querido modificar lo que veía y hacerlo todo más bello, no hubiese hecho nada bueno.

Convengo, pues, en que el artista no vé a la naturaleza como aparece al vulgo porque su emoción le revela las verdades interiores bajo las apariencias.

Pero, en fin, el único principio en el Arte es el de copiar lo que se vé. Así le disgusta a los marchantes de estética: todo otro método es funesto. No hay ninguna receta para embellecer a la Naturaleza.

No se trata sino de ver. Sin duda un hombre mediocre, copiando, no hará jamás obra de arte: es que, en efecto, mira sin ver; podrá el pobre anotar todo lo que quiera cada detalle minuciosamente: el resultado será chato y sin carácter. Pero la profesión de artista no es para mediocres y a éstos, los mejores consejos no les darían talento.

Al contrario, el artista vé: es decir, viendo a través de sus ojos con su corazón, lee profundamente en el seno de la Naturaleza.

He aquí por qué el artista no tiene que creer sino a sus ojos.

(1) Mi método de trabajo de Rodin era notable. En su taller, los modelos

desnudos, hombres y mujeres, circulaban o reposaban libremente; el nuestro quería tener, bajo los ojos, constantemente, la imagen del desnudo evolucionando espontáneamente en la vida. Lo contemplaba sin cesar, y es así como se había familiarizado desde hacia tiempo con el espectáculo de los músculos en movimiento. Este conocimiento del cuerpo humano, que los griegos adquirían contemplando los ejercicios de la palestra, el lanzamiento del disco, los saltos, las luchas y las carreras, y que permitía a sus artistas hablar naturalmente el lenguaje desnudo, el autor del “Pensador” lo había adquirido por la presencia continua en su taller de modelos desnudos.

Su mirada los seguía, saboreando silenciosamente la belleza de la vida, admirando la flexibilidad provocadora de tal joven que se inclina para recoger un pañuelo, o la gracia delicada de tal otra que estira sus brazos levantando su cadera de oro, o bien el nervioso vigor de un hombre que marcha, y cuando éste o aquél daban un movimiento que le placía, pedía que conservaran la pose. Entonces rápidamente modelaba una maqueta. — P. G.

(L'Art. Eutretiques de Rodin.—Gsell).

Los privilegiados nos parecen grandes, porque los miramos de rodillas. ¡Pongámonos de pie! — MIRABEAU.

El Estado es el más frío de los monstruos. Miente también friamente y he aquí la mentira rastrea que sale de su boca: “Yo, el Estado, soy el Pueblo”. Es una mentira; pues allí donde hay un pueblo no se concede el Estado y se le detesta como al mal de ojos.

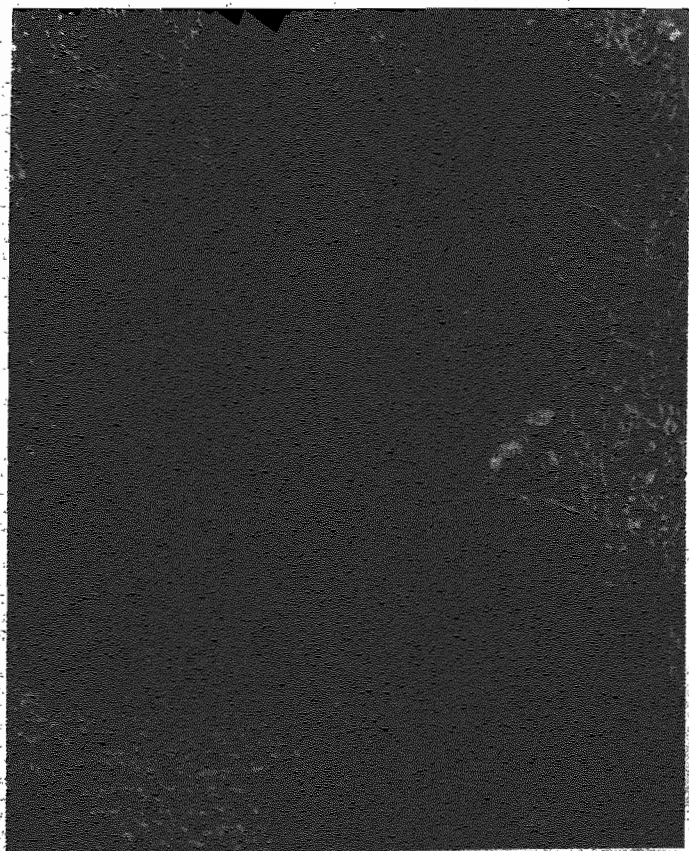
Federico NIETZSCHE.

COACCION MORAL

Es cierto que la coacción social se traduce en temor a la opinión pública, y que muchas veces no se ejecutan determinados actos, que se juzgan buenos, por la simple razón de que la opinión pública los rechaza. Es cierto, en un sentido más amplio, según lo demuestra Spencer, que en el curso de la evolución moral los hombres se guían principalmente por temor al jefe, a la divinidad, al poder del Estado o de la ley, y finalmente, a la opinión pública.

Pero es de observar cómo la coacción social, identificándose poco a poco con la conciencia del individuo y con la naturaleza, se torna a la postre en coacción interna, de tal manera que el hombre llega a guiarse únicamente por sus juicios, sobreponiéndose a todo motivo de temor y al temor mismo.

Ricardo MELLA.



la casa

insubstancial y lo estúpido. Y no me dejarán mentir desde el “Pierrot y Colombine” de Tibbon, asunto vulgarísimo y trillado, realizado de prisa, más vulgarmente todavía, y pasando por la gran mayoría de las obras expuestas, hasta llegar al “Duomo de Milán”, expuesto hecho con palitos, a cortapluma.

movimientos que observo, (1) pero no soy yo el que los impongo. Hasta cuando el asunto que trato me constriñe a solicitar de un modelo una actitud determinada, yo se la indico, pero evito cuidadosamente tocarle para hacerle adoptar la pose, porque no quiero representar sino lo que la realidad me ofrece espontáneamente.

DE MAX NEPLAU

La tragedia austriaca

Para LA PROTESTA.
(Continuación)

Los pueblos de Europa y de una gran parte de Asia sufren aún hoy las consecuencias del despotismo oriental y romano y del exclusivismo griego que han sembrado tantos odios. Una nación, entonces, que había llegado a la cima de del desarrollo cultural y cívico, y no sabía hacer nada mejor que esclavizar a sus vecinos y aún tratarlos con desprecio estigmatizándoles de bárbaros. Para continuar bajo los Romanos, los pueblos alrededor del Mediterráneo y hacia el Norte hasta el Danubio, al norte de los Alpes y más allá del Rin, fueron incorporados por la fuerza; los demás pueblos eran el enemigo, el bárbaro, y apenas se nos han transmitido sus nombres, su historia y sus lenguas ya muertas.

No les vemos, aparte las leyendas enrevesadas, más que por los ojos de los historiadores romanos y griegos que los desconocían y despreciaban. Estos pueblos, sabiendo que el menor contacto con la civilización romana sería el pretexto de su esclavitud irreparable, estaban privados de los recursos para progresar. Debieron mirar el monstruo romano como los proletarios actuales consideraran al monstruo capitalista y el empuje irresistible que se hizo del Centro y del Este de Europa hasta el Oeste del Asia contra el Imperio Romano, esta "migración de los pueblos" como se la llama, era en el fondo una revolución social, la revuelta de los desheredados, de los excluidos de la civilización que, siendo orgullosamente excluidos por una raza dominante se hacían los destructores de este poder insoportable. Las provincias romanas hasta Italia, España y África fueron entonces penetradas por estos nuevos pueblos germánicos y se sabe que o se asimilaban o eran destruidos; la Europa Central, desde los Alpes a los mares del Norte, fué entonces ocupada por pueblos germánicos que se hacían sedentarios y que finalmente, en tiempo de Carlomagno con los habitantes del territorio de la Francia actual y de una parte de Italia, formaban una barrera bastante fuerte para oponerse a las nuevas acometidas del Este. Había más allá de los pueblos germánicos varios pueblos eslavos (y lituanos), la vanguardia de la raza eslava, cuya gran mayoría quedaba todavía, como hoy, sobre el inmenso territorio ruso. Al Este de los Eslavos había pueblos asiáticos nómadas, de los que algunos fueron violentamente invasores hacia el Occidente, como los Hunos, Avaros, Mongoles, Tártaros y otros que llegaban al Oeste o al Centro, hasta Francia y Baviera, saltando las etapas como demolidores y saqueadores. No había manera de arreglarse con ellos; fué una resistencia ardiente o una lucha a muerte hasta que se hizo la expulsión final.

Sobre el territorio de la futura Austria-Ungria una gran parte esencial de estos hechos violentos se desarrolló y determinó la historia, las razas y el reparto de la población: fué el verdadero callejón de la Europa Central; donde se encontraba; del Oeste, el deseo de poblar estos territorios incultos, pero aptos a nutrir una población frugal y el deseo de utilizar las rutas del Danubio y de la llanura húngara para el comercio entre el Oeste y Bizancio y otras para Alemania y Polonia e Italia. Venecia: Este deseo de hacer de estos territorios aislados por las numerosas migraciones y pasajes de los pueblos, un país de población agrícola y comercial sedentaria, encontró la dificultad de los asaltos de las tribus nómadas del Este que avanzaban hasta allí y eran rechazadas o se adueñaban del país. Así, todo lo que Carlomagno había ganado hasta el Este de Hungría fué enseguida reconquistado por los Avaros y los primeros orígenes del Austria (llamada entonces el mercado del Este) fueron borrados de nubes nómadas viniendo del Este, los Magos hasta el siglo X, cuando la domina-

ción de los Avaros fué destruida definitivamente. Esta situación fué modificada cuando, en fin, uno de estos pueblos, se instaló en la llanura húngara y se hizo un pueblo agrícola; fué el origen de la Hungría que ha durado mil años. Durante varios siglos las razas alemanas, eslavas de varias categorías y húngaras, se establecieron y distribuyeron sobre este territorio según sus capacidades, sin una poderosa intervención exterior y sin estar todavía unidas por un peligro común, el cual se presentó desde el final del siglo XV, desde la toma de Constantinopla por los Turcos, bajo el avance de estos hacia la Europa Central.

Los pueblos eslavos occidentales y meridionales (principalmente Poloneses, Checos Eslovacos, Eslovenos, Serbios y Búlgaros) habían entrado en la historia al remolque y al abrigo, por así decir, de las grandes migraciones de pueblos. Los pueblos germánicos formaron la gran masa que minaba la dominación mundial de Roma y esta lucha absorbió una gran parte de sus fuerzas continentales, los Godos, los Burgundios, Longobardos y otros que fueron mezclados con las poblaciones de Francia, España, Italia y los que quedaron en el continente tuvieron pronto dos nuevas fronteras hostiles al oeste-sud y al este de ellos. Porque Francia e Italia renovaban la frontera romana, mientras al este el avance lento de los Eslavos y el empuje violento de los asiáticos alternaban sin cesar, hablando en términos modernos. Si no era el peligro turco, era el ruso; reposo no había nunca. El destino de los pueblos germánicos de la Europa Central fué siempre muy precario, puesto que la combinación franco-rusa que se conoce de la guerra mundial presente tuvo en todos los siglos precedentes. La ausencia de cohesión entre los pueblos de raza germánica operó igualmente desde su entrada en la historia hasta hoy; son siempre. Bavaros, Franceses, Lapones y otros que tienen sus organismos políticos separados a través de siglos, lo que quitó a la acción, cuando la creación sucesiva del Austria, por ejemplo, todas las ventajas que da una potencia colectiva, una verdadera solidaridad.

Otra prueba se encuentra en el desligamiento completo de los pueblos germánicos del Norte, escandinavos, de los cuales salieron los conquistadores del mar, los Normandos, que desde la Normandía en Francia hasta la Italia meridional y sobre todo por la conquista de Inglaterra, han clavado sus uñas en la historia, manejando entonces como en nuestros días los primeros el poder naval, el adueñamiento, la preponderancia sobre las comunicaciones por mar que están por encima de las rutas continentales del comercio. Entre estos pueblos

de dominación y de expansión marítima y los pueblos alemanes del continente, ningún lazo pudo jamás existir. Los eslavos, pues, encontrándose fuera de todos estos problemas, con un territorio inmenso entre ellos y detrás de ellos, todo este enorme ensanchamiento de la configuración, hasta entonces exigua, casi peninsular, del resto de Europa, que forma la inmensa Rusia y el Asia central a su lado, hubieran podido en esos siglos en que las unidades territoriales durables se formaban, crear algo durable, pero no lo lograron de una manera efectiva. Hubo en diferentes épocas monarcas, conquistadores o hombres de Estado que crearon reinos, que llamaron la Gran Polonia, la Gran Moravia, la Gran Serbia, la Gran Bulgaria, pero todas fueron creaciones efímeras que, después de la desaparición de estos hombres de puño o de lo que se llama talento político, caían y no vieron la resurrección durante muchos siglos, hasta ser regalanzadas, por el botín de los despojos de los vencidos en el invierno 1918-19 y la consagración de los tratados de 1919. Para cualquiera que se acuerde de las cartas históricas de ciertos siglos de la Edad Media, el nuevo mapa de la Europa Central ofrece raras semejanzas con esta aglomeración de espectros. Aparte de esto, la vida política normal de los eslavos produjo entonces en la Polonia, la Bohemia, la Moravia y la Serbia entidades políticas durables: Los eslovacos del norte de Hungría y los eslovenos en los Alpes, entre alemanes e italianos, o más bien tiroleses, perdían los primeros los medios de una existencia nacional independiente.

En modo alguno se trataba de una conquista violenta de algún territorio eslavo por los alemanes. Las migraciones de los pueblos significaban una emigración de una gran parte de la población, no de su totalidad, y los que quedaban en el distrito abandonado, ocupado en seguida por otra raza, se asimilaban a ésta o, si la diversidad era muy grande, continuaban a su lado. Tal fué el caso de los alemanes que quedaron en Bohemia cuando los eslavos checos penetraron: es el fondo (aumentado por largas inmigraciones después) de los alemanes en Bohemia, de esos tres millones de alemanes anexionados al Estado checo-eslovaco actual. A lo largo del Danubio hasta la Baviera, las invasiones de los Avaros y otros habían despojado totalmente al país, que los cultivadores llamados de Baviera y Franconia, bajo la égida de los conventos y de las aristocracias que organizaban la defensa del país contra las invasiones procedentes del Este, encontraban un país casi despojado, que retornaban con gran frecuencia los primeros, y había entre ellos, aunque simples campesinos, y los eslavos alpinos (eslovenos), tal diferencia de nivel cultural que no podía hacer nacer esta inmigración pretendida por parte de los eslavos. No se puede juzgar estas cosas según el criterio erigido por los sentimientos humanitarios de algunos

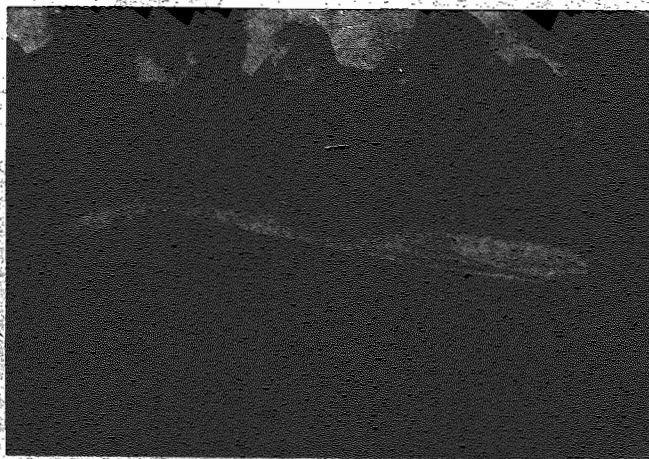
(no de todos, desgraciadamente) de nuestros contemporáneos, o es preciso aplicar esta crítica a todos los países; si pueblos de un nivel cultural diferente se encuentran, la fraternidad que quisáramos no preside siempre estas aproximaciones. Sin embargo, después de un cierto tiempo, se puede juzgar por los resultados de la crueldad de tales conflictos; en el caso en cuestión, los eslovenos están hoy sanos y salvos como todos los demás eslavos, excepto algunos pequeños grupos de Alemania.

En resumen, sobre este territorio, los eslavos han tenido sus siglos, cuando la colonización alemana de los países del Danubio y de los Alpes estaba en el comienzo y era muy débil, dominada aún por Avaros y Magyares; no han sabido crear nada definitivo entonces, salvo el reino de Bohemia que se desarrollaba enteramente al abrigo de Alemania. Los reyes llamaban artesanos y cultivadores alemanes para que construyeran ciudades y pueblos; uno de estos reyes se amparó de toda Austria (en el siglo XIII); y otros fueron elegidos al mismo tiempo emperadores de Alemania. De este país salió en el siglo XV la revolución de los Husitas, que mucho más que revolución religiosa y social fué una revolución nacionalista checa, antialemana, invadiendo la Austria y Sajonia vecinas. Aunque ella mostrase a los alemanes todos los odios checos, la situación de la Bohemia, la independencia checa no fué comprometida por ella, como tampoco lo fué por la derrota del rey Otakar, que había ya conquistado toda Austria. La Edad Media terminó sin que pueblo alguna tuviese que lamentarse demasiado; en efecto, en esta misma época el rey Matías Corvin de Hungría hizo la conquista de Viena y residió en ella. ¿Qué más se quiere?

El peligro turco se acerca entonces rápidamente; acaba la independencia de los yugo-eslavos y Hungría es amenazada, después Viena y todo el Norte y el Mediodía; la Moravia, tanto como el Austria misma y la Estiria y todo hasta el litoral adriático. Qualesquiera que sean las mil otras consideraciones de los políticos ambiciosos y de los cortos-egostas y serviles en los tres países. Austria, Bohemia y Hungría, y los hechos anteriores accidentales o premeditados que han cooperado, el peligro turco dió ciertamente la impulsión determinante a la reunión de los tres países bajo el cetro del monarca austriaco Fernando I, hermano de Carlos V, en los primeros tiempos del siglo XVI, o sea a la creación virtual de la monarquía húngara. Las luchas entre Francia y el Imperio de Carlos V habían ya producido esta cooperación franco-turca contra Alemania, que Luis XVI cuidaba igualmente y que tuvo su contraposición en la alianza franco-rusa de nuestros días. Los dos sitios de Viena en 1529 y en 1683, muestran el peligro mortal de estas invasiones turcas, pues que si Viena hubiese sido tomada, el Imperio turco hubiera avanzado hasta Baviera, sino más lejos, y hubiera balkanizado la Austria "ya entonces" (como debe decirse, desgraciadamente, desde los sucesos de 1918). Es evidente que estos tres países, Austria, Bohemia y Hungría, separados y hostiles o sin solidaridad, no hubieran podido mantener su existencia contra la Turquía, tan poderosa y agresiva entonces. La reunión de estos tres países — que no fué ni mucho menos una uniformación de su administración — era, pues, una necesidad vital de la época y lo que mejor podía protegerles contra el peligro de caer bajo el yugo del despotismo oriental.

Una gran parte de Hungría no escapó tampoco a esta suerte y fué ocupada por los turcos en los siglos XVI y XVII. No fué sino después del segundo sitio de Viena (1683) y las campañas victoriosas del príncipe Eugenio de Savoia, que los turcos fueron por fin expulsados de Hungría, y estas campañas y otras produjeron por la primera vez una atenuación de la suerte de Serbia, que podía desde ese momento osar esperar una resurrección. Entre tanto, gran número de serbios se refugiaban en la Hungría del Sur, despojada después de la partida de los turcos; los serbios de Banat y tantos emigrantes en Croacia y Eslovenia, los países a lo largo de la frontera

Notas graficas del entierro de Kropotkine



El ataúd al ser depositado en la tumba

turca (Serbia y Bosnia hoy) están de ese tiempo, lo mismo que los numerosos aldeanos alemanes que entonces descendían el Danubio para repoblar estas regiones devastadas y abandonadas, de las que hicieron con el tiempo un centro productor de trigo en Europa. Una política expansiva austriaca hubiera podido despojar de estos territorios yugo-eslavos, Serbia y Bosnia, a los turcos y los habitantes hubieran saludado esta liberación del yugo turco. En resumen, no veo que los yugo-eslavos sometidos sin esperanzas a los turcos, hayan tenido que quejarse de Austria, que a gran pena ha rechazado el poder turco que les ahogaba.

Llegamos al gran desastre de los tchecos, al fin de su autonomía en 1921. Protegida por Austria y Hungría contra los turcos, favorecida por este emperador Rodolfo II que residía siempre en Praga, resaclictrante en su nacionalismo hisita, Bohemia, es decir, la parte preponderante de su nobleza y los fanáticos del nacionalismo, hicieron todo lo posible por atajar los débiles lazos que les unían a Austria. En esta querrela, en principio constitucional, accionaron revolucionariamente y no podían extrañarse de tropezar con una resistencia. Declararon romper todos los lazos con Austria y proclamar rey a un príncipe del Palatinado, verno del rey de Inglaterra.

Se sabe que estos acontecimientos fueron ya la primera parte de la terrible guerra de treinta años, que arruinaba a Alemania por un siglo, guerra en apariencia entre católicos y protestantes, lo mismo por y contra el poder imperial y el poder territorial de los príncipes, en realidad una guerra en que todos estos pretextos o causas parciales, fueron envenenados, aumentados, insolubles por las intervenciones extranjeras, francesa, sueca y otras que buscaban hacer paralizar y arruinar a Alemania por su propia guerra civil. Se comprende que en tal guerra, la nobleza tcheca, vencida en 1621, no fué la sola víctima, pero mientras las demás víctimas han buscado reparar y olvidar esta desgraciada época, los tchecos, que no tenían desde entonces gran cosa que lamentar, han tenido abierta siempre esta llaga. Las tres revueltas contra el poder absolutista que se sucedieron en el siglo XVII no han buscado un verdadero apoyo en el pueblo más que en Inglaterra, y la revolución de Cromwell contra Carlos I triunfó; sin embargo, después de una recaída (Carlos I y Jacob II), la revolución definitiva en 1688 no aprovechó más que a la aristocracia y a la burguesía y no al pueblo. En Francia, la resistencia de la nobleza no se apoyó en el pueblo y cayó completamente, dando paso al siglo de los grandes autoritarios, Richelieu y Luis XIV. En Austria-Bohemia y en Alemania, el elemento religioso, la causa del protestantismo contra el jesuitismo que quería un triunfo absoluto, dió un carácter popular a esta guerra comenzada en rebellón de la nobleza, mas con la tendencia, por parte de las potencias extranjeras, de aprovecharla para arruinar y desmembrar a Alemania y al mismo tiempo en interés de Francia perjudicar indirectamente a España. Esta tendencia era tan evidente que la causa protestante y anti-imperial no podía verdaderamente popularizarse, puesto que era al propio tiempo la de los enemigos exteriores del país. Es preciso olvidar, perdonar, a veces, los extravíos del fanatismo de los siglos pasados, calmar los odios o atizarlos? ¿Al cabo de cuantos siglos un cruel suceso histórico deja de ser un argumento que sirve en la lucha diaria? Esto depende de la buena voluntad de cada uno, la mayoría de las gentes reconocería acaso cierta prescripción de los odios históricos, pero la mentalidad tcheca dice decididamente: jamás, y el recuerdo de 1621 fué siempre activo.

Aparte de una insurrección en batalla abierta y del suplicio de los jefes de esta insurrección, sucesos que de la parte realista y de la popular se repetían varias veces en Inglaterra en el mismo siglo y de que nadie se vale como argumento en la vida pública inglesa actual, resultó que se aprovechó esta insurrección para estrechar el poder absolutista, para abolir gran parte de la autonomía legislativa (por los Estados nobiliarios) y administrativa de Bohemia, Moravia y Silesia, países llamados "de la corona

bohemia". Algo de esta autonomía debió quedar intacta, puesto que el emperador José II (siglo XVIII) fué condenado por haberle quitado otra parte; Todo país perteneciente a Austria (no se decía provincia), Estiria, Carintia, Bohemia, etc., hasta diez y siete, tuvieron hasta 1918 su propia dieta, parlamento local que no difería gran cosa en atribuciones de las que pertenecían, por ejemplo, a los parlamentos de los diversos países en Alemania hasta 1918 (treinta y seis, creo) y a los múltiples cantones de Suiza. Esta disminución de la autonomía de Bohemia (que aún hoy cuenta una minoría alemana de varios millones) "ha impedido" claramente que en los siglos XVII y XVIII los Estados tchecos, por una política husita, hayan llegado a hacer absoluta y exclusiva la dominación de su lengua, pero no ha contribuido a "germanizar" el país, lo que constituye una de las grandes quejas tchecas.

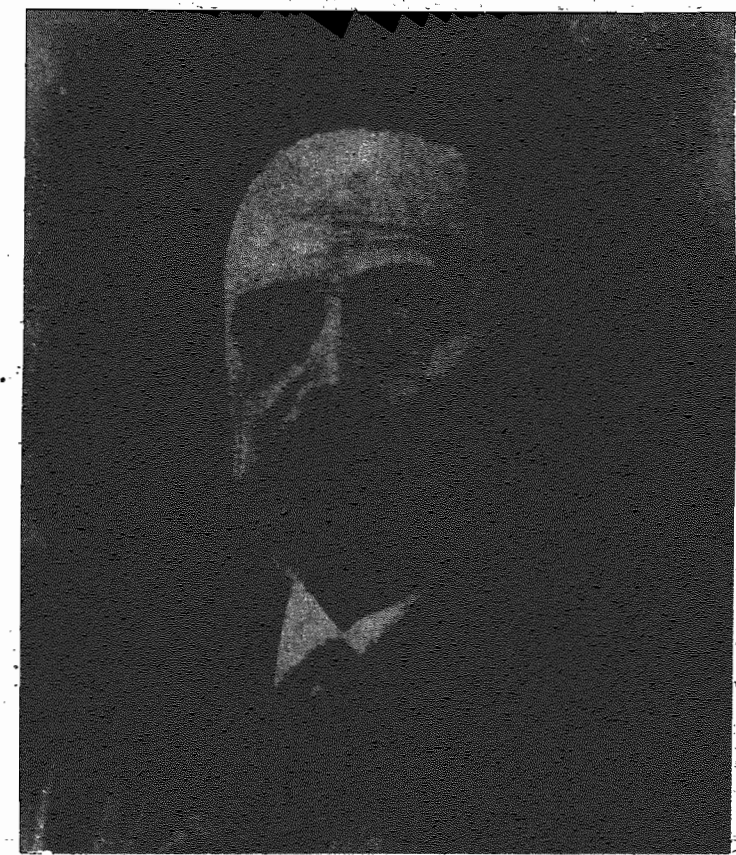
Se puede decir que en los siglos pasados, hasta 1848, la influencia gubernamental y la indiferencia populares eran tan grandes en toda Austria que, si el gobierno hubiese querido habría podido cómodamente germanizar los países eslavos. Prueba que no fué hecho, la da

el número, el vigor, el bienestar, el abundante y triunfal sentimiento nacional de todos esos eslavos en Austria, lo que se vió en 1848 desde el primer día del despertar de todos los pueblos de este país y se ha repetido en toda ocasión después, notablemente desde el régimen Taffe (1879) cuando los eslavos estaban en el poder y en octubre 1918, cuando caían todos los velos. Ningún otro pueblo como el eslavo ha sido favorecido marchando a la conquista de un fin nacionalista. Gozan de salud perfecta y pretender haber sido mártires. Les perdonaría estas excentricidades, si no se sirviesen de ello para atizar el rencor, la venganza contra sus opresores putativos y para ejercerla ahora que son dueños del poder, sin cesar y con crueldad fría, hoy mismo en 1922, como hicieron en 1918 en los primeros días de una verdadera embriaguez nacionalista. Una mentira histórica tan explotada merece ser puesta al desnudo, lo que fué hecho mil veces por una literatura documentada, de la que no puedo hablar aquí más que ligeramente, para abreviar.

(Continuad.)

Max NETTLAU.

Emilio Zola



Ante la tumba, roja como una aurora, donde el maestro yace en los brazos abiertos de la tierra, quiero, yo también, gritar mi fe. Quiero intentar decir lo que representa para mí ese gran desconocido que todo el mundo lee y que nadie ha sabido leer, en quien se quiso ver un necio y que fué un profeta, un pornógrafo y que fué un poeta; un loco y que fué un sabio, un malhechor y que fué un héroe, un lacayo y que fué un hombre. Porque si alguien, en los sesenta siglos que conocemos de historia, puede pretender la gloria suprema del título "Enemigo del Pueblo", que Ibsen escribió en el frontón del Panteón universal, es seguramente éste: ser formidable que bebió toda la vida, en grandes dosis, el vino de los fuertes; la impopularidad.

De su primera a su última página, de "Mis odios" al "Yo acuso", de los libros

de batalla y el acto heroico al murmullo gigante de los funerales, donde la oía de los corazones mecia flores de sangre, la vida de este hombre es una barra de hierro. Es preciso amarlo u odiarlo. Pobres gentes han discutido sobre la dosis de talento que conviene acordarle. Pequeñeces, ridícula querrela. La gloria de Zola es la de no ser precisamente ni un literato ni un artista y hacer estallar los cuadros donde se acostumbra encerrar a las celebridades humanas especializadas. Zola no ha escrito ni para distraer, ni para distraer a sus vecinos. El no ha tomado el libro sino como un medio de acción. Lentamente, en la masa del siglo, su obra ha surgido sobre el mundo mezclada a los rumores de las muchedumbres en marcha, a las brumas fuliginosas de las ciudades, al ruido del trabajo, al canto de los bos-

ques y de los ríos. Es la queja misma y la alegría de la más profunda humanidad.

Zola no es un literato, Zola es un artista: como Homero, como Lucrecio. Él es una fuerza elemental. Los títulos de sus obras caen sobre la memoria como un peso de acontecimiento. No se presentan solamente como acciones, sino como necesidades naturales; y las palabras implacables que obligaron un día a la muchedumbre hesitante a amar y a odiar (J'accuse), no parecen venir de un hombre sino de una fuerza oscura y permanente que sería la lógica del mundo y su continuidad. Una especie de fuerza ciega hay en este hombre prodigioso. Fué la encarnación de los movimientos sociales que debían nacer en la confluencia del cientificismo y el romanticismo. Obscuremente quizás, pero profundamente penetrado del espíritu de Comte, de Darwin y de Claudio Bernard, aprovechó el verbo romántico, completamente exterior hasta entonces, para someter las realidades sensibles al examen de la razón.

Dentro de la mentira universal, entre el vano estruendo de las palabras y las fórmulas en él que se complacía la humanidad desorientada y perfectamente inatenta a los resplandores que filtraban de los laboratorios, él fué la voz implacable que proclama la verdad. Con una tranquilidad y una violencia heróicas, insensible al asombro, a los pudores hipócritas, a las indignaciones devotas, él dice a los hombres lo que son. Se lo dice con un enorme lirismo. Porque él supo conservar de los románticos la única cosa que impedirá a su obra morir: esa visión magnificadora que absorbe a tal punto en el carácter esencial del objeto todos los caracteres secundarios, que hácese más viviente que la vida misma. En eso está toda la herencia, porque si él fué incomprendido y ultrajado, ha sido precisamente porque nos ha precipitado de las cimas del sueño romántico del cual están todavía impregnadas lamentablemente las multitudes. El espíritu de su obra está en oposición brutal con el espíritu mismo del romanticismo: él abandona las apariencias excepcionales del mundo por sus realidades cotidianas. Se fija el propósito inmenso de descubrir toda la vida.

Yo no sé de una existencia más admirable. Tuvo la voluntad de remontarse a todas las fuentes, de explorar todos los senderos, de escalar todas las cimas. De frente aborda el estudio de todos los fenómenos de su tiempo. Crea la novela social. El alcohol y la prostitución, la gran fiesta, el asalariado y la miseria, las carnes trituradas por el hierro y el acero de las industrias crecientes, las almas aplastadas por el oro o desviadas por la neurosis; la pasión de la tierra, la lucha entre la razón y la fe, la comedia política, la ignominia burguesa, el agio, los grandes bazares, las minas, la ciencia, la guerra, el ruido de mar que hace un mundo que sube con lentitud de las tinieblas hacia la luz, llora, goza, combate, espera, sufre de no saber; él hizo con todo eso una obra de tal grandeza que no parece haber salido del cerebro de un hombre, sino haber nacido de la fiebre misma del tiempo. Es la Epopeya de la más tumultuosa de las edades.

Se ha querido ver en él un segundo Balzac, reclamando para el autor de *La Comedia Humana* el título de Homero moderno. Pero Balzac, por otra parte, enamorado de jerarquía y de decoro social, ha aliado al hombre en el universo, mientras Zola lo ha mezclado a los movimientos de la naturaleza. Zola excede a Balzac por cuanto no separa jamás al hombre de su ambiente. Lo excede con toda la fuerza apacible, con toda la distancia que separa a un mundo de una tribu que pasa por la superficie de dicho mundo. En Zola el universo entero participa en el drama social, las plantas y las aguas, las piedras y los cielos, las estaciones, las noches y el día. Porque él lo anunciara, se quiso ver en él al historiador de una sola época: en realidad ha descrito las modificaciones de superficie impresas por la época a los paisajes eternos, a los gestos eternos de los hombres, al alma eterna de las multitudes.

Se acusó a su psicología de ser rudimentaria, a sus héroes de vivir como autómatas, se ha dicho que nos ha

da, asistir a los fenómenos interiores que determinan la acción expresiva de un organismo impresionado. Es cierto que no se pierde en direcciones minuciosas de almas y que coloca en la naturaleza al hombre en que coloca en la naturaleza al hombre su verdadero plano. No se trata de sustituir su vida íntima a la de los hombres que pinta. Pero una animación intensa los levanta, porque todos sus gestos reflejan las energías que no mueren nunca.

Innumerables hijos de Zola: ¡levantáos y decidnos vuestro nombre! Cada uno de ellos evocará en nosotros un ser tipo, elevado hasta el símbolo por la sola pujanza de su verdad general, porque se mueven por los instintos inmutables por los cuales el hombre nace, se defiende, vive y se perpetúa. La corriente de la vida os eleva, os rechaza o engulle según la ola que os lleva. Decidnos vuestro nombre, Miette y Silveria, Sergio y Albina, Esteban y Catalina, Feliciano y Angélica, todos vosotros que os amáis entre las flores, en los jardines cómplices, en los viejos cementerios donde la vida absorbe a la muerte, en la noche asfixiante de las fosas o el misterio de oro que cae de los vitraux y donde la sangre misma del suelo corre a torrentes en los corazones; decid vuestros nombres Sacard, Rougeon, Moutard, Teresa, Tautas, Buteau, Jaime, Coupeau, Naná, todos vosotros que propagáis entre los hombres los fermentos de muerte y de odio, de donde nacen la esperanza y el amor: decidnos vuestros nombres, Mahendes, Bonnemort, Gervasia, Adela, Cristina, Padre Touan, seres malditos, seres dolientes, multitudes profundas aplastadas bajo fatalidades oscuras por lejanos atavismos, coro inmenso de miserables, obreros de músculos endurecidos y pulmones devorados por el polvo, párias de las usinas ardientes a las cuales nadie, antes que él, había tendido las manos; Uds, también, bestias domésticas, asociadas a la labor humana, hermanas de miserias, hermanas de combate que su gran alma piadosa fué a buscar más abajo todavía, para contar los heroísmos sacrificados, los sufrimientos oscuros, las alegrías balbucientes; decid vuestros nombres también, Florent, Desiderada, Losserrand, Paulina, Pascal, Louvaine, Claudio, Froment, Denise, Enrique, seres de bondad simple o de entusiasmo en los cuales duerme el porvenir. Decid vuestros nombres! Serán como recuerdos de etapas en la ruta de nosotros hemos seguido, porque vosotros representáis par nosotros todas las fuerzas esenciales por las que se afirma la vida y se manifiesta la muerte.

Emilio Zola fué en verdad la conciencia misma de un siglo que entrevió las verdaderas relaciones del hombre con el universo. Por esto fué un antioficial. Sus enemigos no se han engañado. Por otros caminos que Diderot, penetró la lógica del mundo. Mientras que los enciclopedistas levantan la razón frente al dogma, Zola levanta la vida frente al muerte. Él amó la vida con tal impulso que la hizo pasar por sus libros toda entera. Hasta el borde, su obra alcanza la vida, sangre, pasiones, lágrimas, todo, esperanzas, olores de la tierra y de las hojas, los gérmenes en deseo que se buscan, torrentes de flores, y la palpación de los astros. El corazón pagano llena su pecho de gigante.

Por este vasto amor él fué una fuerza social. Ha sacudido nuestro marasmo y destruido los mirajes donde se posaban nuestros ojos y donde iban a allentarse nuestros sueños. Ha hundido todos los ornatos del mundo para mostrarnos todo lo que cuentan de horrores llagas e inagotables bellezas. Si ha levantado cóleras furiosas es porque denunciaba en cada uno de sus libros una nueva mentira social, un dogma, una palabra sobre la cual vive un pueblo. Crítico, novelista, ciudadano, individuo, en todas partes ha acusado a los eternos engaños e impeturas interesadas, con las cuales algunos andeques y algunos soñadores perdidos mantienen a las multitudes en la abyección de la obediencia. Esto es lo que las multitudes no pudieron perdonarle. Él ha matado a los dioses.

Pero ha levantado a los hombres. Él nos ha dicho que no debíamos buscar la esperanza sino en nosotros, en nuestros semejantes y en el globo donde vivimos.

Mostrándonos la necesidad de la vida que se precia aceptar tal cual es, nos ha dado el coraje con la voluntad de vivir; por él nosotros sabemos de la belleza que consiste en perseguir el propio desarrollo y la calma con la cual es necesario encarar la muerte, para que se perpetúe la vida.

Se ha querido ver en él un negro pesimista, con el pretexto de que expone todas las miserias, con el fin de que venga a los hombres la idea de curiarias y de curarlas. Otros, por la misma razón lo hicieron un optimista exasperado. Creo que estas son palabras, y que Zola como la naturaleza, prosiguió su movimiento imposible, sin tratar de descubrir su ideal dirección. Él es la tierra. Tiene borrascas desoladas, llanuras monótonas a pérdida de horizonte, donde débiles plantas viven apenas; tiene llanuras cubiertas de mieses, grandes bosques y campos en flor, Él es la vida, la vida que sufre y que se queja, ciertamente, pero que espera siempre y lleva en ella, solamente porque es la vida, la ciega alegría de vivir.

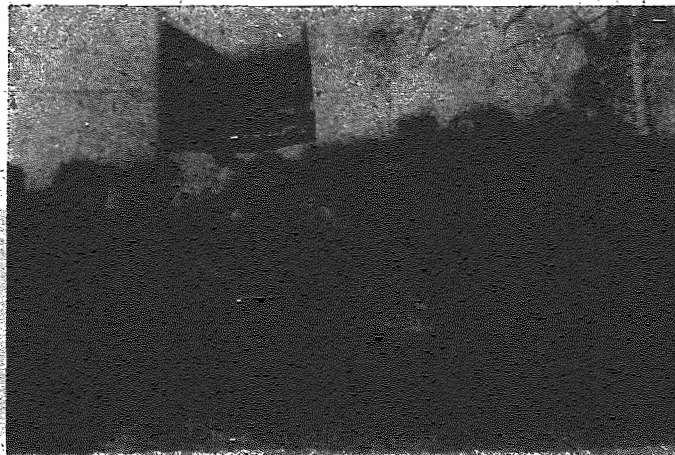
Yo no sé de un moralista más conmovedor. Él enseña a los hombres la verdadera resignación, que no consiste en aceptar el dolor con la esperanza de una vida futura, sino en dejarse llevar por la corriente de las necesidades naturales, en encontrar la inmediata recompensa en nuestra facultad de amar, en no

to directo del ser humano con la vida.

Fué el anunciador de la piedad universal. Porque narraba la vida de los miserables, sus libros han hecho más por la liberación de las sociedades que los de Rousseau o de Marx, que proponen el remedio antes de haber demostrado las fuentes vivas del mal y se dirigen a la suprema razón de los hombres antes de despertar el sentimiento. No se entrecruzan las verdades futuras sino cuando las verdades actuales han sido todas develadas.

Si tuviese que caracterizar en algunas líneas la obra completa de este héroe, yo abriría *La caída del abate Moreau*, ese canto pagano que se toma muy a menudo por un idilio gracioso y que contiene realmente todo el problema de la materia madre en lucha con el espíritu origen, y yo leería la gran página simbólica, cumbre del libro, donde se centra el combate de la vida y de la muerte. La colina donde los árboles crecen hace millones de años, ha visto elevarse un día los muros de un templo sobre un lugar desmontado. Y el tiempo ha durado siglos. Pero he aquí que, llevada por el viento, una semilla arraiga al pie del templo y que una planta débil pronto se eleva a su sombra. El templo queda inquebrantable, el árbol crece y poco a poco, después de siglos, sus raíces van a buscar la vida hasta debajo del muro estremecido; poco a poco,

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



Sobre la tumba

odiar el mal más que porque nace del desconocimiento o la búsqueda morbida de alegrías indispensables a la armonía del hombre con las leyes del universo.

Es el primero que por instinto haya desprendido de la observación de los hechos sociales los fundamentos verdaderos de una moral científica. Al mal que expone con una tranquila gravedad, no le opone ni el deber, que no es sino una palabra, ni las sanciones humanas o divinas que ningún pretexto razonable han podido justificar todavía. *L'assommoir*, *Naná*, vicios individuales y vicios colectivos; *Germinal*, miseria y asesinato, vicios sociales, el mal se apresta a devorar la vida, pero contiene los fermentos de su propia derrota y la victoria final pertenece a la vida, porque con sus fuerzas destructoras ella lleva consigo, siempre, su eternidad triunfal.

La obra de Emilio Zola ha estremecido la tierra. Tan profundamente idéntica a las fuerzas de desarrollo por las cuales persiste la naturaleza, que a través de las discusiones, los panesiricos, los ataques furiosos su influencia ha pasado tan desapercibida como los gritos eternos del mar, las modificaciones de la contra-terrestre y los lentos movimientos del cielo, ella ha provocado en el mundo una inmensa marcha hacia adelante. A los que expresan su ser con el pincel o la pluma, volví a demostrarles que toda obra humana surge del contac-

por el impulso lento de las savias, sus ramas cargadas de frutos y de pájaros, rompen los vitraux seculares. Un día, en fin, bajo el peso, el templo se derrumba y el árbol despliega su ramaje en la luz inmortal!

Elle FAURE

CASCOTES

Ideas y prejuicios

Cada ideal tiene un cierto número de ideas, como cada árbol un cierto número de hojas. Muerto el ideal, mueren esas ideas, como seco el árbol se secan sus hojas. Esto es lo que no ven algunos ancianos: Sus ideas fueron hojas de un ideal ya seco, un ideal que ya realizado, hizo su obra; sus ideas, pues, ya no son ideas, son prejuicios. Así como una hoja seca, incapaz de convertir en oxígeno el ácido carbónico, ya no es una hoja. El prejuicio no es idea, porque es incapaz de transformar la vida haciéndola evolucionar hacia el bien, perfeccionándola, que es la misión de las ideas. El prejuicio, en cambio, siempre intenta detener la vida, porque él ya está fuera de la vida.

El más sabio de los hombres; moriré, es un prejuicio. Un niño es una idea.

La idea es fecunda viviendo; el prejuicio debe desintegrarse para poder ser fecundo; materializado, se opone a las ideas que son la vida: Es la roca levantada en el lecho de un río. Detiene momentáneamente sus aguas, y las hace bullentes y agresivas. Si los prejuicios no se obtusizan en detener a las ideas, cumplirán éstas su fin silenciosas, serena, fraternalmente. El agua móvil nunca chocaría con violencia si no se le opusiera la roca inerte.

El prejuicio es una curva cerrada; es un círculo o una elipse. La idea se abre siempre, es una espiral o una parábola. Nada de lo que vive puede aspirar a eterna vida. Ni las ideas. La idea que no se resigna a desaparecer, se hace prejuicio. A las ideas, como a los cuerpos toca: o la muerte y tornar a la tierra para volver a la vida, o la momificación, convertidos en inmutabilidad y quietud, dos condiciones que no son de la vida ni de la muerte, porque ambas hermanas — la muerte y la vida — son inquietas y laboriosas.

II

Dos aparatos

Dos aparatos hay que no miran con buenos ojos los que pretenden vivir, para comunicarnos con un dios: los sacerdotes de cualquier secta. Son estos, dos aparatos: el telescopio y el microscopio.

La humanidad es una fuente que se torna arroyuelo y río, y termina en océano. El telescopio, yando hacia lo infinito, va como una barca a favor de la corriente, conociendo cada vez más y más "acercándose a Dios", diría quien en Creyera. El microscopio va contra la corriente, va hacia el origen, "acercándose a Dios", también, porque Dios asegura, "es principio y fin". En realidad, el microscopio nos aleja de Dios, de su grandeza, porque va a analizarlo, a intinar con él; y a los comediantes no se les conoce en escena, en pose y rodeado de pompa, sino en casa, en la minucia. El microscopio va a buscar a Dios, a gran comediantes, no a donde va el telescopio, al escenario; sino al detalle minucioso. ¡Y éste es el enemigo terrible! El telescopio nos da una idea de síntesis, nos coloca en la butaca a que miramos la escena. El microscopio analiza nos lleva a los entretelones; nos explica el por qué de lo que nos asombra y maravillara. Hay astrónomos sacerdotes, no sé de ningún hombre que haya concluido el ser sacerdote con el ser biólogo.

III

La moral

Todo aquello que, estando solo, se considera feo, es moral. Hay actos que el pudor vela, pues ello no quiere decir que sean inmorales. Inmoral es todo aquello que ofende tanto a los demás como a nosotros mismos.

Defecar no es un acto inmoral, es un acto impúdico; pero es inmoral, y ofende el pudor público, por ejemplo, comerciar; y eso que, al comerciar, se gafiándolo, despojamos a nuestro prójimo. Y ello es porque los hombres ya han creado una moral adaptándola a los costumbres sociales sin tener en cuenta para nada la conciencia personal. El hombre es un hombre de moral pública no privada. La moral de los hombres se exhibe en un tablado, resplandientemente declamatoria, para recibir palmas. Luego, andrándola y tarramuda, oye de los mentidos paisajes de los entretelones el eco de esos vitores que arrastran a fuerza de fingir. La moral, esa moral pública, situada más allá de nuestra conciencia, es una comedia, una comedia nada. Recuerda un papel único: hace virtud; pero le hace como esas actrices ya maduras el papel de doncellas: es una máscara de afeites y colorines.

Alvaro YUNQUÉ

Como ya se habría dado cuenta lectores, mi anterior colaboración se titulaba "El Cultivo de la Metáfora" y "El Cultivo de la Metáfora" como recibió por error de caja. — A. Y.